

Guy de Maupassant

El Horla
Cuentos fantásticos
y de horror

Selección y traducción de Esther Benítez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la selección y traducción: Herederos de Esther Benítez Eiroa
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-169-2
Depósito legal: M. 309-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota del editor

- 15 Sobre el agua
- 24 Magnetismo
- 31 Confesiones de una mujer
- 38 Un drama verdadero
- 43 ¿Loco?
- 49 Una viuda
- 56 Un parricida
- 65 El miedo
- 75 Cuento de Navidad
- 84 El tío Judas
- 90 Aparición
- 100 El huérfano
- 109 Denis
- 119 ¿Él?
- 129 Una vendetta
- 136 La confesión [1893]
- 143 La mano
- 152 Misti
- 160 Châli
- 175 El borracho
- 183 La cabellera
- 193 El tic

201	La confesión [1894]
211	Un loco
222	La pequeña Roque
269	El albergue
287	El Horla
323	La muerta
330	Moiron
340	La dormilona
353	El olivar
388	¿Quién sabe?

Nota del editor

Esta nueva edición de los cuentos de Guy de Maupassant seleccionados en su día por la traductora Esther Benítez en la década de 1980 reagrupa, sin poder contar con ella (lamentablemente nos abandonó en 2001), los volúmenes primitivamente publicados en la colección El libro de bolsillo de Alianza Editorial, proponiendo una nueva ordenación que esperamos hubiera contado con su beneplácito¹.

1. Estos volúmenes son, por orden de publicación: *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra* (1979; reed. 2004), *El Horla y otros cuentos fantásticos* (1979; reed. 2001), *La vendetta y otros cuentos de horror* (1979; reed. 2002), *Mi tío Jules y otros seres marginales* (1980; reed. 2005), *Un día de campo y otros cuentos galantes* (1981; reed. 2007) y *La casa Tellier y otros cuentos eróticos* (1982; reed. 2005). Las referencias de página que figuran en las notas siguientes remiten a las respectivas reediciones.

Así, su selección –basada tanto en el criterio² como en el gusto personal en el caso de varias versiones de un mismo cuento³– viene a publicarse ahora en tres volúmenes según las que, a juicio de la propia Esther Benítez, «son las tres líneas maestras de la narración en Maupassant: la guerra, la vida galante, el horror»⁴.

De este modo, ha parecido plausible reunir, en primer lugar, bajo el título *El Horla: Cuentos fantásticos y de horror*, los volúmenes *El Horla y otros cuentos fantásticos* y *La vendetta y otros cuentos de horror*, en los que se agruparon aquellos relatos que se podría decir que provocan una desazón en el lector. «¿Cómo deslindar lo fantástico del horror?», se preguntaba ya entonces la traductora⁵. Y si a *El Horla* fueron a parar en su día aquellos cuentos en que «prima el factor locura, lo irracional, el miedo, la neurosis y la obsesión de la soledad»⁶, en *La vendetta* prevalecieron aquellos en que «domina el factor crimen, bien contra sí mismo: suicidio, bien contra los demás: asesinato»⁷.

2. «En una década –de 1880 a 1890– [Maupassant] publicará más de trescientos cuentos. [...] Entre tan abundante producción, el material, como es lógico, es bueno y menos bueno [...] no todo Maupassant es excelente», *Mademoiselle Fifi...*, cit., pp. 7-8.

3. «Urgido por la necesidad de entregar un original para que lo devoren las prensas, Maupassant retoma más de una vez un viejo texto, lo reelabora mínimamente y lo da para su publicación», narrando prácticamente la misma historia en versiones ligeramente distintas. «En tales casos, me he quedado con aquel cuento al que mis preferencias personales me inclinaban, el que me parecía más logrado desde el punto de vista estilístico y narrativo» (ibídem, p. 8).

4. Ibídem, p. 9.

5. *La vendetta...*, cit., p. 8.

6. Ibídem, p. 9.

7. Ibídem.

Pero en todos ellos, en suma, se toca en último término un incidente de carácter extraordinario por inexplicable o anómalo, por arrebatado o por atroz, todo lo cual justifica el nuevo volumen.

El volumen *Bola de Sebo: Cuentos de guerra y de otros desastres* reúne, por su parte, los relatos de *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra* junto con los de *Mi tío Jules y otros seres marginales*. Si bien es verdad que en el primero de los libros mencionados era la guerra «el tema de todos los relatos, sea la guerra del 70 o la guerra colonial»⁸, no lo es menos que en su prólogo al segundo la propia Esther Benítez expresaba que en los allí recogidos «el pesimismo maupassantiano bosqueja un cuadro en el cual la paz asemeja una guerra larvada. Guerra de una sociedad acomodada y biempensante contra los seres más desvalidos y débiles»⁹. Vienen a juntarse finalmente así los damnificados por los conflictos armados con otros personajes que son como «restos de un naufragio; los temporales que han arrojado a las playas de la infelicidad tantas ruinas humanas resultan muy diversos: la ambición, la pobreza, la invalidez»¹⁰.

Finalmente, en *La mujer de Paul: Cuentos galantes* se han reunido los cuentos antes repartidos entre *Un día de campo y otros cuentos galantes* y *La casa Tellier y otros cuentos eróticos*, que tienen como común denominador

8. *Mademoiselle Fifi...*, cit., p. 10. Se refiere a la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que terminó con la derrota francesa y la pérdida de las regiones de Alsacia y Lorena, y a otros conflictos en el escenario de África.

9. *Mi tío Jules...*, cit., pp. 7-8.

10. *Ibidem*, p. 7.

aquello que la cultura humana ha dado en etiquetar como «amor». En el caso de Maupassant, claro está, este «amor» está «al margen de las reglas en la mayoría de los casos»¹¹ y gira en torno al sexo o la aventura, ya tenga como escenario París y sus alrededores (con sus excursiones, sus remeros y sus establecimientos junto al río que tan bien retrataron los pintores impresionistas), o bien el ámbito provincial y rural. En los relatos aquí reunidos no es el escenario el que determina, sino la naturaleza humana, pues, como indicaba asimismo la traductora, es curioso y aleccionador apreciar la diferencia de perspectiva entre uno y otro mundos: «en el campesino hay una amoralidad natural que la sociedad, con sus convenciones, aspira a embotar o borrar. Si comparamos, por ejemplo, “Los zuecos” con “La seña” vemos cómo a la buena de Adélaïde no le quita el sueño acostarse repetidamente con su amo mientras que a la baronesa de la Grangerie la pone al borde de la histeria una relación sexual de una sola ocasión. Y al padre de la moza tampoco le preocupa lo ocurrido: le irrita la inconsciencia de su hija, que se acuesta con el amo al igual que le hace el café o le limpia la casa»¹².

En cuanto a la ordenación de los relatos para esta nueva edición, se ha seguido la pauta que marcó la preparadora en su momento: cronológico según su fecha primera de publicación –que, con alguna excepción, suele abarcar el periodo que va de 1880 a 1890–, y, en cuanto a la elección del texto original, sigue en lo posible «la

11. *Un día de campo...*, cit., p. 8.

12. *La casa Tellier...*, cit., p. 9.

magnífica edición de Louis Forestier en La Pléiade»¹³ y, cuando no lo fue por razones de temporalidad –un desfase entre la edición de su traducción y la de Forestier no le permitió hacerlo en todos los casos–, la de Albert-Marie Schmidt¹⁴.

Esta nota quedaría incompleta si no recogiera asimismo las palabras con que Benítez cerraba el prólogo al primero de los volúmenes publicados: «Por último, unas breves palabras sobre la traducción. Antes de poner manos a la obra examiné, como es natural, las anteriores. Nada me parece más inútil que repetir un esfuerzo que otro ha realizado ya con resultados satisfactorios. Mas por desgracia –o por fortuna para mí, pues me ha proporcionado el placer de traducir a Maupassant– la traducción más completa de las existentes resultaba insuficiente¹⁵: el criterio imperante parecía ser el del “embellecimiento” del texto, omitiendo las abundantes repeticiones de palabras, peinando el estilo cuando este le parecía desgreñado, solucionando los problemas por el sencillo método de eliminar las frases en los que se planteaban, y prescindiendo de algo muy importante en un cuentista como Maupassant, tan amigo del diálogo: las diferentes hablas

13. *Un día de campo...*, cit., p. 12. La edición a la que se hace referencia es Guy de Maupassant, *Contes et nouvelles*, prefacio de Armand Lanoux, introducción de Louis Forestier, texto establecido y anotado por Louis Forestier, vols. I y II, Bibliothèque de La Pléiade, París, Gallimard, 1974, 1979.

14. Guy de Maupassant, *Contes et nouvelles*, ed. de Albert-Marie Schmidt, 2 vols., París, Albin Michel, 1956-1957.

15. Se refiere a Guy de Maupassant, *Obras completas*, vol. II, ordenación, traducción y prólogo de Luis Ruiz Contreras, Madrid, Aguilar, 1948, 1965.

de los personajes, según se trate de personas cultas, campesinos o extranjeros. La lengua maupassantiana, diferenciada en cada cuento en distintos niveles de habla, estaba ausente en dicha traducción. Espero haberla respetado en la mía, ofreciendo al lector nueva ocasión de goce con la prosa, tan peculiar, de nuestro autor»¹⁶.

16. *Mademoiselle Fifi...*, cit., pp. 13-14.

Sobre el agua*

Yo había alquilado, el verano pasado, una casita de campo a orillas del Sena, a varias leguas de París, e iba a dormir allí todas las noches. Al cabo de unos días, trabé conocimiento con uno de mis vecinos, un hombre de treinta a cuarenta años, que era el tipo más curioso que nunca había visto. Era un viejo remero, pero un remero empedernido, siempre cerca del agua, siempre sobre el agua, siempre en el agua. Debía de haber nacido en un bote, y seguramente morirá en la remadura final.

Una tarde que paseábamos a orillas del Sena, le pedí que me contara algunas anécdotas de su vida náutica. De inmediato mi buen hombre se animó, se transfiguró, se volvió elocuente, casi poeta. Albergaba en el pecho una gran pasión, una pasión devoradora, irresistible: el río.

* *Sur l'eau*, publicado en *Le Bulletin français*, 10 de marzo de 1876.

—¡Ah! —me dijo—, ¡cuántos recuerdos conservo de este río que ve usted deslizarse ahí, cerca de nosotros! Ustedes, los habitantes de las calles, no saben lo que es el río. Pero escuche a un pescador cuando pronuncia esa palabra. Para él, es una cosa misteriosa, profunda, desconocida, el país de los espejismos y las fantasmagorías, donde se ven, de noche, cosas que no existen, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio; y en efecto, es el más siniestro de los cementerios, aquel en el cual no hay tumbas.

»Para el pescador la tierra tiene sus límites, mientras que en las sombras, cuando no hay luna, el río es ilimitado. Un marinero no experimenta lo mismo por el mar. Éste es a menudo duro y cruel, sí, pero grita, aúlla, es leal, el mar abierto; mientras que el río es silencioso y pérfido. No brama, sino que fluye siempre sin ruido, y ese movimiento eterno del agua que fluye me resulta más espantoso que las altas olas del Océano.

»Ciertos soñadores pretenden que el mar oculta en su seno inmensas regiones azuladas, donde los ahogados giran entre grandes peces, en medio de extraños bosques y en grutas de cristal. El río sólo tiene profundidades negras cuyo fondo es un pudridero. Sin embargo, es hermoso cuando brilla al sol naciente y chapotea suavemente entre sus riberas cubiertas de cañaverales susurrantes.

»Hablando del Océano dijo el poeta:

*Ô flots, que vous savez de lugubres histoires!
Flots profonds, redoutés des mères à genoux,
Vous vous les racontez en montant les marées
Et c'est ce qui vous fait ces voix désespérées
Que vous avez, le soir, quand vous venez vers nous¹.*

»Pues bien, creo que las historias susurradas por las frágiles cañas con sus vocecitas suaves deben ser aún más siniestras que los lúgubres dramas narrados por los aullidos de las olas.

»Pero ya que usted me pide algunos de mis recuerdos, voy a contarle una singular aventura que me ocurrió aquí, hace unos diez años.

»Yo vivía, como hoy, en casa de la señora Lafon, y uno de mis mejores camaradas, Louis Bernet, que ahora ha renunciado al remo, a sus pompas y su desaliño para ingresar en el Consejo de Estado, estaba instalado en el pueblo de C..., dos leguas río abajo. Cenábamos juntos todos los días, unas veces en su casa, otras en la mía.

»Una noche en que yo regresaba solo y bastante cansado, manejando penosamente mi gran bote, una chalupa de doce pies, que utilizaba siempre de noche, me detuve unos segundos para recobrar el aliento junto a la punta del cañaveral, allá abajo, unos doscientos metros antes del puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico: la luna resplandecía, el río brillaba, el aire en calma era sua-

1. «Olas, ¡cuántas historias lúgubres conocéis! / Profundas olas, temidas por las madres de hinojos, / os las contáis cuando sube la marea, / y eso es lo que os da esas desesperadas voces / que tenéis, por la noche al ascender hacia nosotros.» [Se trata de los últimos versos del poema «Oreano nox», de Victor Hugo.]

ve. Esta tranquilidad me tentó; me dije que sería estupendo fumar una pipa en aquel lugar. La acción siguió a la idea; cogí el ancla y la eché al río.

»El bote, que descendía con la corriente, tiró de la cadena hasta el final, y después se detuvo; y yo me senté en la popa sobre mi piel de carnero, lo más cómodamente posible. No se oía nada, nada de nada; sólo a veces creía distinguir un pequeño chapoteo, casi insensible, del agua contra la orilla, y divisaba grupos de cañas más altas que adoptaban figuras sorprendentes y a veces parecían agitarse.

»El río estaba completamente tranquilo, pero me sentí emocionado por el extraordinario silencio que me rodeaba. Todos los animales, ranas y sapos, esos cantores nocturnos de las ciénagas, callaban. De repente, a mi derecha, junto a mí, croó una rana. Me estremecí: se calló; no oí nada más, y decidí fumar un poco para distraerme. Sin embargo, pese a mi reputación de fumador de pipa, no pude hacerlo; a la segunda chupada me dio un vuelco el corazón y lo dejé. Me puse a canturrear: el sonido de mi voz me resultaba penoso; entonces, me tumbé en el fondo del bote y contemplé el cielo. Durante algún tiempo permanecí tranquilo, pero pronto los leves movimientos de la barca me inquietaron. Me pareció que daba gigantescos bandazos, tocando sucesivamente las dos riberas del río; después creí que un ser o una fuerza invisible la atraía suavemente al fondo del agua y la levantaba después para dejarla caer. Me sentía zarandeado como en medio de una tempestad, oí ruidos a mi alrededor; me alcé de un salto: el agua brillaba, todo estaba en calma.

»Comprendí que tenía los nervios un poco crispados y decidí marcharme. Tiré de la cadena; el bote se puso en marcha, después noté una resistencia, tiré con más fuerza, el ancla no subió; se había enganchado a algo en el fondo del agua y no podía sacarla; recomencé a tirar, aunque inútilmente. Entonces, con los remos, hice girar la barca y la llevé aguas arriba para cambiar la posición del ancla. Fue en vano, seguía resistiéndose; me asaltó la cólera y sacudí rabiosamente la cadena. Nada se movió. Me senté desalentado y me puse a reflexionar sobre mi situación. No podía pensar en romper la cadena ni en soltarla de la embarcación, pues era enorme y estaba remachada en la proa en un trozo de madera más grueso que mi brazo; pero como el tiempo seguía siendo muy bueno, pensé que no tardaría, sin duda, en encontrar algún pescador que acudiera en mi ayuda. El contratiempo me había tranquilizado; me senté y pude por fin fumar la pipa. Tenía una botella de ron, bebí dos o tres vasos, y mi situación me hizo reír. Hacía mucho calor, de modo que como último recurso podía, sin grandes problemas, pasar la noche al raso.

»De pronto, sonó un golpecito contra la borda. Me sobresalté, y un sudor frío me heló de pies a cabeza. El ruido procedía sin duda de algún pedazo de madera arrasado por la corriente, pero había bastado para que me sintiera invadido de nuevo por una extraña agitación nerviosa. Agarré la cadena y me envaré en un esfuerzo desesperado. El ancla resistió. Volví a sentarme agotado.

»Entretanto, el río se había ido cubriendo poco a poco de una niebla blanca muy espesa que reptaba casi a flor de agua, de modo que, al levantarme, ya no veía el río, ni

mis pies, ni mi barca, sino que distinguía solamente las puntas de las cañas, y además, más lejos, la llanura empalidecida por la luz de la luna, con grandes manchas negras que ascendían hacia el cielo, formadas por grupos de álamos de Italia. Yo estaba como sepultado hasta la cintura en una sábana de algodón de singular blancura, y me asaltaban ideas fantásticas. Me figuraba que alguien intentaba subir a mi barca, que yo ya no podía distinguir, y que el río, oculto por aquella niebla opaca, debía de estar lleno de seres extraños que nadaban a mi alrededor. Experimentaba un horrible malestar, sentía las sienes oprimidas, mi corazón latía hasta sofocarme; y, perdiendo la cabeza, pensé en escapar a nado; pero inmediatamente después la idea me hizo estremecer de espanto. Me vi perdido, yendo a la ventura en aquella bruma espesa debatiéndome entre las hierbas y las cañas que no podría eludir, bramando de miedo, sin ver la ribera, sin encontrar mi barca, y me parecía que alguien me arrastraría por los pies al fondo de aquella agua negra.

»En efecto, como hubiera tenido que remontar la corriente por lo menos cinco metros antes de encontrar un punto libre de hierbas y de juncos en el que pudiese hacer pie, tenía nueve probabilidades entre diez de no saber orientarme en la niebla y de ahogarme, por buen nadador que fuese.

»Intenté ser razonable. Mi voluntad estaba muy resuelta a no tener miedo, pero había en mí otra cosa que mi voluntad, y esa cosa tenía miedo. Me pregunté qué podía temer; mi *yo* valeroso se burló de mi *yo* cobarde, y jamás comprendí tan bien como ese día la oposición entre los dos seres que en nosotros hay, uno que quiere,

otro que se resiste, y cada uno de los cuales triunfa por turno.

»Aquel pavor estúpido e inexplicable seguía creciendo y se convertía en terror. Yo permanecía inmóvil, con los ojos abiertos, los oídos aguzados y a la espera. ¿De qué? No sabía nada, pero debía de ser algo terrible. Creo que si a un pez se le hubiera ocurrido saltar fuera del agua, como a menudo sucede, no se hubiera necesitado más para hacerme desplomar rígido, sin conocimiento.

»Sin embargo, mediante un violento esfuerzo, acabé por recobrar más o menos la razón que se me escapaba. Cogí de nuevo la botella de ron y bebí a grandes tragos.

»Entonces se me ocurrió una idea y empecé a gritar con todas mis fuerzas, volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando mi gáznate se quedó absolutamente paralizado, escuché. Un perro aullaba, muy lejos.

»Bebí un poco más, y me tendí cuan largo era en el fondo de la barca. Me quedé así quizás una hora, quizás dos, sin dormir, con los ojos abiertos, con pesadillas a mi alrededor. No me atrevía a levantarme y sin embargo lo deseaba violentamente; lo retrasaba de un minuto a otro. Me decía: “Vamos, ¡en pie!”, y tenía miedo de hacer un movimiento. Al final, me alcé con infinitas precauciones, como si mi vida dependiera del menor ruido que hiciese, y miré por encima de la borda.

»Quedé deslumbrado por el más maravilloso, por el más sorprendente espectáculo que presenciarse pueda. Era una de esas fantasmagorías del reino de las hadas, una de esas visiones narradas por los viajeros que regresan de muy lejos y a los que escuchamos sin darles crédito.

»La niebla que, dos horas antes, flotaba sobre el agua se había retirado poco a poco, concentrándose en las orillas. Al dejar el río absolutamente despejado, había formado en cada ribazo una colina ininterrumpida, de seis o siete metros de alto, que brillaba bajo la luna con el soberbio resplandor de las nieves. De modo que no se veía otra cosa que un río laminado de fuego entre dos montañas blancas; y allá arriba, sobre mi cabeza, se desplegaba, llena y ancha, una gran luna brillante en medio de un cielo azulado y lechoso.

»Todos los animales del agua se habían despertado; las ranas croaban furiosamente, mientras que, a cada instante, ora a la derecha, ora a la izquierda, oía esa nota corta, monótona y triste, que lanza a las estrellas la voz metálica de los sapos. Cosa extraña, ya no tenía miedo; estaba en medio de un paisaje tan extraordinario que las más fuertes singularidades no hubieran podido sorprenderme.

»No sé cuánto tiempo duró esto, pues había acabado por amodorrarme. Cuando abrí los ojos, la luna se había ocultado, el cielo estaba lleno de nubes. El agua chapoteaba lúgubrementemente, el viento soplaba, hacía frío, la oscuridad era profunda.

»Bebí lo que me quedaba de ron, después escuché tiritando el rumor de las cañas y el ruido siniestro del río. Intentaba ver, pero no pude distinguir mi barca, ni siquiera mis manos, que me acercaba a los ojos.

»Poco a poco, sin embargo, disminuyó el espesor de la negrura. De pronto creí sentir una sombra que se deslizaba muy cerca de mí; lancé un grito, una voz respondió; era un pescador. Lo llamé, se acercó y le conté mi contratiempo. Pegó la borda de su barca a la de la mía, y ambos

tiramos de la cadena. El ancla no se movía. Llegaba el día, sombrío, gris, lluvioso, glacial, una de esas jornadas que os traen tristezas y desdichas. Distinguí otra barca, le dimos voces. El hombre que la tripulaba unió sus esfuerzos a los nuestros; entonces, poco a poco, el ancla cedió. Subía, pero despacio, despacito, y cargada con un peso considerable. Por fin percibimos una masa negra, y la subimos a bordo:

»Era el cadáver de una anciana que tenía una gran piedra al cuello.

Magnetismo*

Era al final de una cena de hombres solos, a la hora de los interminables cigarros y las incesantes copitas, entre el humo y el cálido embotamiento de las digestiones, con las cabezas ligeramente trastornadas después de tantas viandas y licores absorbidos y mezclados.

Llegó a hablarse del magnetismo, de los números de Donato¹ y de las experiencias del doctor Charcot. Y de pronto aquellos hombres escépticos, amables, indiferentes a toda religión, se pusieron a contar hechos extraños, historias increíbles pero ocurridas, según afirmaban, incurriendo bruscamente en creencias supersticiosas, aferrándose a un último resto de lo maravilloso, convirti-

* *Magnetisme*, publicado en *Gil Blas*, 5 de abril de 1882.

1. Alfred Dhont, llamado Donato, un magnetizador belga que a comienzos de la década de 1880 vulgarizó ante el público parisiense experimentos de hipnosis análogos a los de Charcot.

dos en devotos de ese misterio del magnetismo, y defendiéndolo en nombre de la ciencia.

Sólo uno sonreía, un mozo vigoroso, gran perseguidor de muchachas y cazador de mujeres, en el cual una incredulidad por todo estaba tan fuertemente anclada que no admitía la menor discusión.

Repetía riendo burlescamente: «¡Patrañas! ¡Patrañas! ¡Patrañas! No discutiremos a Donato, que es simplemente un habilísimo autor de trucos. En cuanto al señor Charcot, de quien dicen que es un sabio notable, me hace el efecto de esos cuentistas del tipo de Edgar Poe, que acaban por volverse locos a fuerza de reflexionar sobre extraños casos de locura. Ha observado fenómenos nerviosos inexplicados y aún inexplicables, avanza por ese mundo desconocido que a diario se explora, y al no poder siempre comprender lo que ve, se acuerda quizá demasiado de las explicaciones eclesiásticas de los misterios. Y además, quisiera oírlo hablar, sería algo muy distinto de lo que ustedes repiten».

Se produjo alrededor del incrédulo una especie de movimiento de piedad, como si hubiera blasfemado en una asamblea de monjes.

Uno de aquellos señores exclamó:

—Sin embargo, antaño hubo milagros.

Pero el otro respondió:

—Lo niego. ¿Por qué no iba a haberlos ahora?

Entonces cada cual aportó un hecho, presentimientos fantásticos, comunicaciones anímicas a través de dilatados espacios, influencias secretas de un ser sobre otro. Y se afirmaba, declarábanse los hechos indiscutibles, mientras el empedernido negador repetía: